

1110-383 49-537

POESIAS RELIGIOSAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros

ACTUAL OBISPO DE CORDOBA

SEGUNDA EDICIÓN

CORDOBA

IMPRESA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL DIARIO

San Fernando 34, y Letrados 16 y 18.

1887

9 70/88

POESÍAS RELIGIOSAS



XX
2408

POESIAS RELIGIOSAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SR. DOCTOR

D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros

ACTUAL OBISPO DE CÒRDOBA

SEGUNDA EDICIÓN

CÒRDOBA

IMPRESA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DEL DIARIO
San Fernando 34, y Letrados 16 y 18.

1888

A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE

EL PAPA

LEÓN XIII

*besa el sagrado pié y tiene el altísimo honor
de dedicarle este pobre trabajo en el día de su
Jubileo Sacerdotal*

Su humilde y amante súbdito

† Sebastián

INDIGNO OBISPO DE CÓRDOBA.

CRISTO EN LA CRUZ

¿Por qué ciega y frenética se agita
Desbordada esa inmensa muchedumbre
Y se agolpa del Gólgota en la cumbre
Cual gruesa oleada de revuelto mar?
¿Por qué tan espantoso vocerío
Suenan en torno la estensa Palestina,
Dónde pura brilla la piedad divina
Cual luz radiante de enlutado altar?

¿Será tal vez que el Rey de las naciones,
En un establo de Belén nacido,
Lágrimas derramando ha dirigido
Su mirada á la infiel Jerusalén?
¿Acaso por su pueblo es aclamado
«Hijo de Dios,» en cántico sonoro,
Al cruzar de Belén la puerta de oro
Ornada con el triunfo su alma sien?

¡Ah! no: que esa ciudad á quien le dijo
Un profeta de Dios que levantara
Su frente, y en el fuego se inflamara
De santa, pura y milagrosa luz;
Ese pueblo escogido por el cielo
Entre todos los pueblos de la tierra,
A la luz de la fe los ojos cierra
Preparando á su Dios muerte de Cruz.

¡A su Dios á quien ángeles adoran
Rey del cielo y la tierra y de los mares,
Cuya ley anunciaron los cantares
Del vate de la mística Sión!
¡A su Dios que al mirar compadecido
Al pueblo vil en su estupor inerte
Resignóse al oprobio y á la muerte
Suspirando en la orilla del Cedrón!

Ya no mueve su diestra omnipotente
La espada centellante del querube
Que del cielo bajó en espesa nube
Para vengar la rebelión de Adán.
Ni derrama el diluvio de su ira,
Cuyo recuerdo el corazón aterra,
Cuando el mar dominara la alta sierra
Rugiendo tremebundo el huracán.

El que ayer domeñara á las naciones
Lanzando el rayo de su eterno enojo,
Sumergiendo en las aguas del mar Rojo
La orgullosa cerviz de Faraón:
El que ayer á la impúdica Sodoma
Fulminara los rayos de su ira....
Manso cordero en el Calvario espira
Coronado de afrenta y de baldón.

.
¡Ay! cuánta sangre de la Cruz divina
Brotó en expiación de mi pecado!
Cuánta sangre, mi Dios, has derramado
En el leño afrentoso de la Cruz!
¡Y vive el hombre en sus maldades ciego,
Voluptuoso... sacrílego... deicida...
Y vive impío su ominosa vida
Sin ver de un Dios la refulgente luz!

Planta infeliz para morir nacida,
Regada con la hiel de los dolores,
Consumida por cierzos destructores
Y hollada por la nieve y el turbión.
Por qué esquivas raquítica é impura
El aliento de un Dios que dá la vida,
Y desdeñas la sangre bendecida
Que lava la impureza al corazón?

¿Qué será de tu tronco carcomido?
¿Qué será de tus hojas y tus flores,
Si el cierzo con sus hielos destructores
Tus nacientes retoños abrasó?
¿Qué será de tu mísera existencia?
¿Qué será de tu fruto emponzoñado
Si la mancha afrentosa del pecado
Tu profunda raíz envenenó?

Perdona, ¡oh Dios! del hombre el desvarío;
Perdona al pueblo y su impiedad perdona,
Que no en vano se ostenta esa corona
De punzantes espinas en tu sien.
Perdón, que ya abjuramos nuestro crimen;
Perdona, sí, nuestro delirio impío,
Perdona nuestras culpas ¡oh Dios mío!
Perdona á la infeliz Jerusalén.

II

¡Ay! cuán tremenda del mortal la suerte
Que tu llanto y tus penas olvidando
Vá ciego su existencia atravesando,
Cuyo fin es la muerte!

¿Qué será, justo Dios, de los malvados,
Qué será de nosotros pecadores,
Que nunca comprendimos obcecados

Tu angustia y tus dolores?

Y ciego el mundo en su fatal delirio
De la Cruz los senderos abandona,
Y tu santa pasión y tu martirio
Con su crimen baldona.

Allí el hombre del hombre soberano
Dicta al esclavo caprichosas leyes
Y brota sangre la pesada mano
De tribunos y reyes.

Sacrifica su mísera existencia
El avaro soñando en su tesoro,
Y vende la hermosura su inocencia
Por vil montón de oro.

.

Cándido lirio eclipsa sus colores,
Vela el Edém su plácida hermosura,
Oculta el sol sus rojos resplandores,
Palidece natura.

Ya el luto muestra del fulgente cielo
El manto funeral del horizonte,
Y rasga el templo su tupido velo
Y tiemblan valle y monte.

Todo en el mundo al presenciar la muerte
Del Hijo de su Dios gime y suspira:
¡Sólo el mortal en su delito, inerte,
Solo el mortal delira!

Delira, sí: y el torcedor violento
Que mora en su conciencia y vive y crece,
Es llama que fugaz desaparece,
Hoja que lleva el viento.

Mas ¡ay! que presto se hundirá en la nada
El tiempo, que en su rápida carrera
Nuestros pasos torcidos acelera
Al fin de la jornada.

Y cuando suene la fatal trompeta
Convocando al juicio tremebundo,
Y en Josafat, como anunció un profeta,
Sea juzgado el mundo;

¿Qué será de sus tristes moradores
Al oír de un Dios justo la sentencia,
Mientras gima con ecos tronadores
La voz de la conciencia?

Válganme, Dios, en tan tremendo día
Los raudales de sangre que has vertido;
Válganme, sí, tu angustia y tu agonía,
Tu santa Cruz y tu postrer gemido.

Yo te ofrezco las penas de María,
Su corazón por tu martirio herido...
Válganme, Dios, en tan tremenda suerte
Las lágrimas vertidas por tu muerte.

Jerez de la Frontera 28 de Marzo de 1846.

LA REDENCIÓN

Venid á mí, monarcas de la tierra,
Los que reinando en dilatadas zonas,
Buscáis en los azares de la guerra
Oro, triunfos, aplausos y coronas.
Venid, venid á mí, los que no aterra
El fiero relucir de las tizonas,
Venid, yo cantaré en harpa divina
Una corona de punzante espina.

Venid á mí, yo ciño en noche oscura
Tosca guirnalda de ciprés umbrío,
Yo soy el trovador de la amargura;
El canto del dolor es canto mío.
Cante el mundano á pérvida hermosura,
Elogie sus deleites el impío;
Yo canto á Dios bajo la Cruz cayendo,
Yo canto á Dios sobre la Cruz muriendo.

Ya fuiste al huerto, Dios mío,
Donde sentiste pavor,
Do vertiste por mi amor
Llanto ardiente, sudor frío,
Que te arrancara el dolor.

Ya con sublime emoción
Alzaste la voz al cielo,
Y con ella el corazón:
Ya nos diste por consuelo
El cáliz de tu pasión.

Fuiste por Judas vendido,
Preso por turba feroz,
Y un ósculo fementido
Te dió el traidor maldecido,
Que osó entregar á su Dios.

¡Ay! en tan aciago instante
¿Cómo aquel fuego no asoma
Consumidor, devorante,
Que aniquiló centellante
A la rebelde Sodoma?

¿Piensas, mi Jesús, quizás
Que esa injuria es aún liviana?
¡Oh! mi amor, á donde vás?
Te arrastran con fúria insana
A la presencia de Anás.

Allí, de baldón cubierto,
Por tu pueblo calumniado,
Sufriste aun más que en el huerto.
¡Y Anás no quedará yerto
Ante su Dios, aterrado!

Allí un siervo delincuente,
En su bajeza, tirano,
Osó, Jesús, insolente
llevar su atrevida mano
A tu purísima frente.

¿Por qué me tratas así?
Con humildad le dijiste:
¿Qué daño te causo, dí;
En qué, siervo, te ofendí,
Y si nó, por qué me heriste?

Ya desde el átrio de Anás
En confusa gritería
Le atormentan más y más,
Y llegan con osadía
Al tribunal de Caifás.

¿Y tú, Caifás, le conjuras
Con voz imperiosa y fuerte,
Mientras el reo yace inerte?
Y rasgas tus vestiduras,
Y le condenas á muerte?

«¡A muerte!» todos dijeron,
Y de su Dios blasfemaron...
Y los cielos se abismaron...
Y los infiernos rugieron...
Y los ángeles callaron...

Oid, oid, ¡oh jueces de la tierra!
Reo es de muerte el Hacedor Divino,
Y esta sentencia que al mortal aterra
Se pronunció en el cielo cristalino.
La humanidad contra su Dios en guerra
Verá cambiado su feliz destino:
¡Muerte! la Majestad está ofendida;
Reo es de muerte ¡quien nos dió la vida!

Reo es de muerte Aquel que en un momento
Pobló de globos mil todo el vacío,
Quien dió su luz al sol y al firmamento,
Jugo á la planta y su corriente al río.
Perezca de la Cruz en el tormento
Quien dió luz á la luz, vida al impío,
Quien Santo, Omnipotente, está propicio,
Manso Cordero, al cruento sacrificio.

Nunca sentencia tan feliz, tan bella
Se pronunció en la tierra ni en el cielo;
Nunca la muerte nos dejó en su huella
Más raudales de vida y de consuelo.
Así luciendo vespertina estrella
Entre nubes de nácar y de hielo,
Ostenta misteriosa su alba frente
Cuando el sol vá á morir en Occidente.

La Redención cabe la Cruz sombría
Asoma su cabeza ensangrentada,
Cual tras la noche el refulgente día
Derrama su magnífica alborada.
¡Jesús vá yá á morir! la raza impía
Con la sangre de Dios será lavada;
Sangre hermosa que funda el Cristianismo
Y dá la gracia al agua del bautismo.

Cádiz, Marzo 28, 1845.

A MARÍA SANTÍSIMA DE REGLA

EN LA SOLEMNE FUNCIÓN

celebrada con asistencia de los Srmos. Sres. Infantes Doña María Luisa Fernanda de Borbón y D. Antonio de Orleans, Duques de Montpensier.

Surrexerunt filii ejus et beatissimam predicaverunt et reginae laudaverunt eam.

PROV. 31.—CANT. 6.

I

LA APARICIÓN

Cuatro siglos y aun más cruzado había
El vário tiempo en su veloz carrera,
En tanto que gemía
Sin templo y sin altar la raza ibera.

Cruel venganza de pasión liviana
Que aún el Tajo llora,
Con mengua de la honra castellana
Colmó el afán de la codicia mora.

Desde el hercúleo estrecho,
De tantos héroes espantoso lecho,
Hasta el cántabro mar, la media luna
Esclavizó á sus plantas la fortuna,
Y el español bizarro,
Mil veces vencedor y otras vencido,
Quedó por fin uncido
Por mano cruel al agareno carro.

El tiempo continuaba
Su rápida carrera;
Temblaba plañidera
La mística Sión,
Y el español sediento
De lucha y de venganza,
Sentía de esperanza
Latir el corazón.

Los hijos de Pelayo
Guerreros se congregan,
Y en cada lucha juegan
Sus vidas contra cien,
Eervientes invocando
A la augusta Señora
Que fué ya nuestra aurora
En el perdido Edén.

Do el Bétis su tesoro
Regala al Océano
El español ufano
Su tierra conquistó,
Y ansiando rendir culto
A la marina estrella
Siguió su santa huella
Y arrodillado oró.

«Dó está la que redime
»Cautivos á millares;
»La estrella de los mares
»en dónde, en dónde está?»
Clamaba un peregrino
Cruzando la ribera
Cual ave que ligera
Hácia su nido vá.

«Yo sé que en esta orilla
De conchas esmaltada,
La Virgen apiadada
Escucha mi oración.
Lo dice una voz santa
Que regaló mi oído;
Lo dice en su latido
Mi amante corazón.

Yo sé que Regla hermosa
La de la tez moreua,
Debajo de esta arena
Vá presto á despertar.
Ay! sal, Reina del cielo,
De tu mansión umbría,
Y brille, Madre mía,
La estrella de la mar.»

El sol ya caminaba
Serenó al Occidente;
Su rostro réfulgente
Bañábase en el mar:
Si el mar era de fuego
O el sol de agua dorada,
La mente acalorada
No pudo descifrar.

Al ver pronto á cumplirse
Su plácido destino,
Rendido el peregrino
Al sueño se entregó.
Y al pié de árbol frondoso,
Un cántico suave
Como el trinar del ave
El peregrino oyó.

«Si buscas afanoso
La estrella de los mares,
Aquí tiene sus lares
Y aquí tiene su altar.»
Y cual Jacob, exclama,
Besando el limpio suelo:
«Esta es puerta del cielo,
Salve, estrella del mar.»

Cesó su voz, un fuego esplendoroso
Baja del cielo, el árbol se ilumina,
Y repiten un cántico glorioso,
Tierra y mar, la llanura y la colina.

El árbol que admiraba el peregrino,
Cual la zarza de Oreb, también ardía;
Su fuego abrasador, fuego divino,
Ni el tronco ni el ramaje consumía.

Un árbol por el ángel alumbrado
De Regla el puro hogar señala al hombre;
Un árbol en el Gólgota sagrado
Le dió de Cristo esclarecido nombre.

Salud, mares, salud; de vuestra arena
La Madre del Señor se alza gloriosa,
Su claro nombre los espacios llena
De las hijas de Sión la más hermosa.

Sublime aparición, feliz arcano
Que del Señor la majestad pregona,
En tanto que apacible el Océano
Cantos de gloria al Hacedor entona.

El África y Egipto
Absortos escucharon,
Y Grecia, Siria y Asia
Tan plácido rumor;
Sus naves presurosas
El mar atravesaron
E izando sus banderas
Ufanas saludaron
A la Virgen divina
Que en Regla apareció.

De entonces, en la playa,
Del Bético lucero,
La estrella de los mares
Recibe adoración.
Ofrécele tributo
Rendido el caballero,
Y canta sus prodigios
Sencillo marinero
Desde que nace el día
Hasta que muere el sol.

Bendita tú mil veces
Oh! Reina soberana;
Bendita tú mil veces
Oh! Madre del Señor;
Estrella que reluces
En la gentil mañana,
Aurora que te vistes
De púrpura y de grana,
Encanto de los cielos,
Del mundo admiración.

Tu manto con estrellas
Los ángeles bordaron;
La luna tu calzado
Diáfana formó;
Los hombres por su Madre
fervientes te aclamaron;
Querubes amorosos
Tu frente coronaron,
Y al verte tan hermosa
Se complaciera Dios.

Mil veces en tu templo,
Espléndido Señora,
El llanto del cautivo
Tu túnica enjugó.
Mil veces la tormenta

Horrible, asoladora,
A tu mandato excelso,
¡Oh Virgen salvadora,
Templó sus locas iras
Y humilde te adoró.

Yo he visto, en tarde aciaga,
Sobre la mar bravía
Alzar montes de espuma
Bramando el aquilón;
La nave que sin rumbo
Luchando se perdía...
El náufrago infelice
Que á la tabla se asía
Apenas ya sintiendo
Latir el corazón.

Mil veces le cubrieron
Las ondas encrespadas,
Y en vano de los hombres
Auxilio demandó;
Mil veces agitando
Sus manos descarnadas,
Las heces apurando
De amargas oleadas,
Al pronunciar tu nombre
El mar le respetó.

Bendita tú del cielo,
¡Oh Reina Soberana!
Bendita tú mil veces
¡Oh Madre del Señor!
Estrella que reluces
En la gentil mañana;
Aurora que te vistes
De púrpura y de grana,
Bendita, sí, mil veces,
Tu santa aparición.

II

EL TRIUNFO

Desde que el hombre en afrentoso día
Gustó fruto de muerte,
Entregóse sin brújula ni guía
Al vario impulso de su loca suerte.

Y olvidó que la vida es un camino
Que lleva á eterna vida;
Y olvidó su magnífico destino,
Gastado el corazón, la fe perdida.

Al vicio inmundo levantando altares
Prevaricó mil veces,
Y apuró despechado en sus pesares
La copa del dolor hasta las heces.

Y olvidó que en el mar de la existencia
Hay un puerto seguro,
Mansión de la virtud y la inocencia,
Do el vicio encuentra inespugnable muro.

¡Ay! ese puerto de la mar estrella,
Ese puerto es María,
La que en su trono refulgente y bella
Rayos de luz al pecador envía.

Oye, Virgen de amor, si en fatal hora
Tus ecos desoímos,
A ofrecerte, cual Reina y cual Señora,
Ante tus piés el corazón venimos.

Ilustre princesa,
Honor de Castilla,
También en tu orilla
Demanda tu amor.

Y príncipe excelso,
Orgullo del Sena,
Postrado en la arena
Te aclama en su ardor.

Mirad cuantos bienes
Derrama su ejemplo:
Las puertas del templo
Abrió su piedad.

Los hijos del Bétis
Favor hoy te imploran;
Sus lábios que oran,
Sus rostros mirad.

Que ruja iracundo
Sañudo el infierno;
Lanzó ya el Eterno
Su potente voz:

Y tú, Madre mía,
En triunfo llevada,
Verás respetada
La casa de Dios.

Oid, oid, del templo en los altares,
Ungidos del Señor su gloria cantan,
En tanto que las ondas de los mares
Para ver á su estrella se levantan.
Ya resuenan los místicos cantares;
Los espacios inmensos se abrillantan,
Y del preste á la voz en raudo vuelo
El Dios de Sabaoth bajó del cielo.

Ya está en su templo la sin par matrona
Rayos de amor al orbe derramando;
Ciñe su frente fúlgida corona
En las ondas del Bétis reflejando.
Su nombre vuela desde zona á zona:
Que el mundo entero la admiró calmando
La cólera del mar y aquí en la tierra
El rayo airado de ardorosa guerra.

Quédate en paz, ¡oh Reina de los mares!
Por la espuma brillante salpicada,
Del mísero calmando los pesares,
Del mortal y del ángel adorada.
Quédate en paz en tus antiguos lares
Otra vez por tus hijos coronada,
Y cada vez que el sol dore el Oriente
Recibe ¡oh Madre! mi plegaria ardiente.

Sanlúcar de Barrameda, 1852.

A NTRA. SRA. DEL PATROCINIO

HIMNO

Al pié de María
Rendidos venid,
Y su Patrocinio
Todos bendecid.

«Dios te salve, de España patrona,»
Es de Cádiz el tierno clamor,
Y te ofrece por régia corona
De sus hijos la fe y el amor.

Bellos himnos de castos amores
A la Reina del cielo entonad,
Y con blancas guirnaldas de flores
Su purísima frente adornad.

Al pié de María, &

Si soberbio el arcángel un día
Nuestra infamia labró en el Edén,
Concebida sin culpa María
Quebrantó del precito la sien.

Reina pura del cielo y la tierra,
Donde ejerces supremo dominio,
Si el pecado nos mueve cruel guerra
Sálvenos tu feliz Patrocinio.

Al pié de María, &.

Vedla, vedla: cual plácida aurora
El Oriente del mundo alumbró;
Ved su frente que el sol no colora
Porque más que los cielos brilló.

Por su Reina el querub la proclama;
Por su Madre los hijos de Adán,
Y de amor en su vívida llama
Angel y hombre abrasados están.

Al pié de María, &.

«Es mi esposa,» el Paráclito dice;
«Es mi Hija,» Dios Padre clamó,
Y Jesús á su Madre bendice,
Y por Madre en la Cruz nos la dió.

Es más bella que el nítido cielo;
Brilla más que los rayos del sol;
Es el iris de paz y consuelo;
La patrona del pueblo español.

Al pié de María
Rendidos benid,
Y su Patrocinio
Todos bendecid.

Cádiz, 1871.

A NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

AL COLOCAR DE NUEVO ESTA IMAGEN

EN EL CLAUSTRO DE SAN FELIPE

Ven, Madre, ven, de gloria centellante
En brazos del amor, hollando flores,
Que si el olvido te alejó un instante,
Te vuelven de tus hijos los amores.
Aquí no encontrarás mansión brillante,
Ni el sol te alumbrará con sus fulgores;
Mas siempre, Madre del Pilar, tus hijos
Tendrán sus ojos en tus ojos fijos.

Sevilla, 1857.

EL HIJO INGRATO
DE LA
INMACULADA VIRGEN MARÍA

Suele tímido corzo en la espesura
Dejar huyendo caudalosa fuente
Y correr desalado á la llanura
Como arista que lleva la corriente;
Mas redóblase luego su amargura
Al devorar su pecho sed ardiente
Y contempla, infeliz, en su agonía
La fuente que dejara cuando huía.

Tórtola jóven el paterno nido
Deja una vez de libertad ansiosa,
Y al recordar que de su cuna ha huído
Vuela fugaz por la enramada umbrosa;
Mas siente el corazón enternecido
Al pensar en su infancia deliciosa,
Y en el monte, en el llano, en la laguna
Recuerda ¡ay triste! su perdida cuna.

Águila audaz en el cenit se mece,
Y por mudar de situación y clima
Su elevación mezquina le parece
Cuando es su trono de la tierra cima:
Baja fugaz y súbito aparece
De negra cueva en la medrosa sima,
Y al revolar por la caverna oscura
Envidia el trono que dejó en la altura.

Así, ¡oh María! de la paz serena
Gocé tu santa imagen adorando,
Pero al huir rebelde tu cadena
Quedé, infeliz, mi ingratitud llorando.
Lloro, como la tórtola, mi pena;
Como el corzo la fuente recordando;
Y al bajar como el águila del cielo
Martirio y desamor hallo en el suelo.

Madrid, 1842.

EN UNA PROFESIÓN RELIGIOSA

Veni in hortum meum soror
mea, sponsa.

CANT. 5, 1.

Pálido rayo de argentada luna
Reflejaba en el pié de los altares,
Allí donde augurando tu fortuna
Entonabas tus místicos cantares.
Cual ave que abandona blanda cuna
Huyes por siempre de tus patrios lares:
Feliz quien deja el ominoso suelo
Cual águila real que sube al cielo.

Como á los reyes del Oriente un día
Marcara su camino fiel estrella,
Agora un ángel que tu Dios envía
Viene á alumbrar tu penitente huella.

Alza la sien radiante de alegría,
Rica de láuro, tímida doncella;
Ya brilla cual crepúsculo de Oriente
La diadema nupcial sobre tu frente.

Esposa del Señor: rotos quedaron
Tus lazos con el mundo corrompido;
Lo que tanto tus votos demandaron
A la voz del Eterno se ha cumplido.
Los ángeles tu frente coronaron...
Lanzó Satán desgarrador gemido...
Y el Hijo del Señor con faz piadosa
Tendió su mano y te llamó su esposa.

Águila que se mece en el altura,
Cisne que salva el fétido pantano,
Canoro ruiseñor que en la espesura
Se esconde de las garras del milano;
Quédate en paz en la feliz clausura
Do no llega el clamor del mundo vano;
Que á la voz del Señor en raudo vuelo
Cual ángel puro subirás al cielo.

A Sor Antonia María de los Milagros Fernández,

EN SU SOLEMNE PROFESIÓN RELIGIOSA

EN EL CONVENTO DE MADRE DE DIOS

DE ESTA CIUDAD

Si quis vult post me venire, abneget
semetipsum et tollat crucem suam, et
sequatur me.

MAT. 16, 24.

Milagros son del Dios Omnipotente
Del mundo separar y su ruido
A una virgen que austera y penitente
La gloria mundanal lanza al olvido.
El afán y la sed que tu alma siente
De unirte al que su esposa te ha elegido,
Milagros son del que en supremo día
Con su sangre y amor nos redimía.

¡Milagros de la gracia! yo los veo
En la huérfana pobre y desvalida,
Que constante en su místico deseo
A Dios consagra corazón y vida.
En su edad juvenil, el mónstruo feo
Del pecado, placeres la convida;
Mas la gracia de Dios le dice «vente
Y mi Esposa serás eternamente.»

Vedla, vedla, cristianos: ya las rejas
La guardan de ese mundo corrompido.
«¡Hija mía! ¿te vas y así me dejas?»
Es de una madre el natural gemido.
Mas la Madre de Dios templó las quejas,
El claustro la recibe... y un rugido
Lanzó Satán... y el enemigo mundo
Vencido fué y el Báratro profundo.

«Gloria á Dios,» gloria á Dios, virgen esposa
Del Hombre Dios, Cordero inmaculado:
Si alguna vez la vanidad te acosa
Dí «gloria á Dios» que al claustro me ha llamado;
Me negaré á mí misma, y afanosa
Será mi cruz la de mi Esposo amado,
Y en pós de Él me llevará mi anhelo
Y esposa amante lo veré en el cielo.

Jerez de la Frontera 19 de Agosto de 1865.

EN LA PROFESIÓN RELIGIOSA
DE
Sor María de las Mercedes de Santa Clara Crespo,
ADMITIDA COMO CANTORA
EN EL CONVENTO DE MADRE DE DIOS

No á mundanal festín el arpa de oro
Consagras, y tus místicos cantares
Cuando tus trinos, rui señor canoro,
Ya no se escuchan en tus patrios lares.
Tu único bien, tu celestial tesoro
Lo encontrastes al pié de los altares,
Donde diste al vestir el santo velo
«Adios» al mundo, el corazón al cielo.

Tu cantabas á Dios, y Dios te oía,
Cual oye tierno la plegaria ardiente,
Y Jesús por esposa te elegía
Volviendo á tí su cariñosa frente.
Roto el lazo que al mundo ayer te unía
Venció tu esfuerzo á la infernal serpiente:
Jesús acepta tus eternos lazos
Y en aras de su amor te abre los brazos.

Míralo, está en la Cruz; su sangre pura
Es el premio que ofrece á tus ardores,
Y su angustia, su afán y su amargura,
Cual rico galardón de sus amores.
Los ángeles pregonan tu ventura,
Tejen guirnaldas de nacientes flores,
A la voz de tu Esposo se congregan
Y al pié del ara á coronarte llegan.

Jerez de la Frontera, Agosto de 1853.

LAS HIJAS DE LA INMACULADA

A SU MADRE

¡Ah! nosotras que el mar de la vida
Empezamos agora á surcar,
Con el alma de amor encendida
Vamos hoy tu triunfo á cantar.

Siempre, siempre tu nombre invoquemos,
Tu sin mancha feliz Concepción;
Y una ofrenda de amor te enviemos
Al latir nuestro fiel corazón.

Desde el cielo la Virgen María
Nos dirige su voz maternal,
Y en la noche medrosa y sombría
Nos alumbra su limpio fanal.

Ella es en las penas consuelo,
Nuestro amparo en la muerte será,
Y al llevar nuestras almas al cielo
«Son mis hijas» ufana dirá.

Cádiz, 1870.

ARREPENTIMIENTO

SONETO

Mírame ¡oh Dios! acongojado y yerto
Besando el ara de tu altar divino,
Como errante y sediento peregrino
Que halla un raudal en medio del desierto.
Vivo á la culpa y á tu gracia muerto,
Surcaba el bravo mar en frágil pino
Y el ángel bienhechor de mi destino
Llevó mi nave al suspirado puerto.

Y ese puerto es mi Dios; mi débil mente
Soñó gozar de plácido consuelo
Cuando el mar me arrastrara en su corriente...
Mas ¡ay! que el onda de cristal y hielo
El alma me abrasó cual lava ardiente
Y hallé un infierno do soñara un cielo.

Jerez de la Frontera, 1845.

PLEGARIA

Pendiente está de un madero
Quien es de los cielos luz;
No de Judá león fiero,
Sino el humilde cordero
Que de amor muere en la Cruz.

Su cuerpo todo teñido
En sangre pura, inocente;
Sin exhalar un gemido,
Pide para el delincuente
El más generoso olvido.

«Misericordia y perdón,
No saben lo que se hicieron.»
Y sus verdugos lo oyeron;
Lágrimas de compasión
En sus ojos no tuvieron!

«Amor» claman esas manos
Por el hierro taladradas
De sayones inhumanos,
Y también ¡ay! horadadas
Por nuestros golpes insanos.

«Amor» esa régia frente
Hoy coronada de abrojos,
Que ayer se alzó omnipotente,
Y hundió en el polvo á la gente
Que causara sus enojos.

«Amor» esos piés divinos
Que desnudos transitaron
Del pecador los caminos,
Para cambiar sus destinos
Con la sangre que brotaron.

«Amor» el puro costado
Que atravesó lanza impía
De un mortal afortunado
Y sangre y agua vertía
Al mundo regenerado.

¿Quién, Jesús mío, dí, quién
Puso con mano atrevida
Las espinas en tu sien?
¿Fué sola Jerusalén
Sacrílega y deicida?

En Adán prevaricamos
Los que de Adán descendimos;
Mil veces, Señor, pecamos,
Y mil veces renovamos
Tu pasión que ora sentimos.

Lágrimas del alma son
Las que vierten nuestros ojos,
Implorando tu perdón;
Para calmar tus enojos
Rendimos el corazón.

Un corazón delincuente
Que asaz sus crímenes llora;
Que allá en su interior devora
De una vida impenitente
La historia desgarradora.

Un corazón que, mecido
Por engañosas quimeras,
Olvidó en cada latido
Que solo formado ha sido
Para glorias verdaderas.

Acoged, Dios de piedad,
Nuestra plegaria ferviente;
Al pecador perdonad,
Y en vuestra sangre inocente
Los corazones lavad.

Cádiz, 1873.

A SAN FERNANDO

Profano trovador, canté yo un día
De Sevilla la gala y gentileza,
Y en alas de mi jóven fantasía
Loé festivo su sin par belleza.
Muerta ya al mundo la existencia mía,
De nieve salpicada mi cabeza
Pulsar intento con esfuerzo vano
El arpa que huye mi temblante mano.

Ven, sacra inspiración, ven á mi mente;
Quiero entonar un cántico sonoro,
Que aun siento fuego en mi abatida frente
Y busco un arpa celestial, de oro.
Con notas de David, un himno ardiente
Quiero entonar al héroe á quien imploro;
La sien inclino y doblo la rodilla
Al Santo Rey que conquistó á Sevilla.

Hijo de *Berenguela* esclarecido,
Denodado y piadoso caballero,
De León y Castilla Rey querido,
Humilde penitente, gran guerrero;
Del moro y albigense aun más temido
Que en ruda tempestad el rayo fiero,
Oye mi voz, invicto San Fernando,
Al pié de tu sepulcro resonando.

«Si es Dios mi protector» clamaste un día
«¿A quién he de temer en la pelea?»
Y postrada á tus piés la Andalucía
Fué de tu acero la mejor presea.
«Si reinos mil que la ambición ansía
Ufano el corazón ganar desea,
Exclamaste, tan solo yo los quiero
Para gloria de Dios á quien venero.»

Y tus naves del Bétis caudaloso
Las corrientes levíticas surcaron
Y agitadas por viento impetuoso
El puente y sus moriscos destrozaron.
Y alzaste entonces tu pendón glorioso
Que *Atajaf* y sus huestes respetaron,
Y fué Sevilla, que tu nombre abona,
El más rico florón de tu corona.

Solo á Dios, solo á Dios honor y gloria
Rendiste y á su Madre Sacrosanta;
Suyo es el láuro y suya la victoria;
Por Él tu nombre al musulmán espanta.
Sevilla alborozada, á tu memoria
Himnos de amor y de entusiasmo canta,
Y no pudiendo alzarse hasta tu trono
Bendice en el sepulcro á su patrono.

Cádiz, 1874.

ESPAÑA A PÍO IX

Templadas vibren en el suelo hispano
Las arpas de oro sus melífnos sonos,
Y lleven al excelso Vaticano
Las auras, nuestras plácidas canciones.
Al Vicario de Cristo, al santo anciano
Que rije las católicas naciones,
Doblando reverentes la rodilla,
Himnos cantad, oh vates de Castilla.

La sien ceñida de nacientes flores
Cantad, oh bardos de la patria mía,
Y con ecos que inspiren los amores
Ahogad los gritos de la gente impía.
En su cruz ese hombre de dolores
Es copia fiel del que al morir pedía,
Taladrados sus piés y puras manos,
Perdón para verdugos inhumanos.

Si buskais fortaleza, él es el fuerte;
Si codiciáis amor, él es amante;
Si constancia, veréisle hasta la muerte
Contra el error más duro que el diamante;
Si paciencia, miradle, yace inerte
Sin que su paz la tempestad quebrante;
Si os apiada el dolor, vedlo apenado
De extraños y de propios olvidado.

Mas ¡ah! que en su tristísimo abandono
De Cristo empuña el cetro omnipotente,
Y no hay trono más alto que su trono,
Ni frente más augusta que su frente.
En vano de Satán el crudo encono
Contra él subleva la precita gente;
Él ora, y el infierno se amedrenta;
Él ora, y se disipa la tormenta.

Padre Santo, católica la España
Su fe y su amor á vuestro sólio envía,
Y no temais, Señor, que no os engaña
Esta tierra, que es tierra de hidalguía.
Si alguna nube su piedad empaña
La trajo el aquilón en noche umbría;
Porque siempre fué el pueblo castellano
Fiel á Dios y al Pontífice Romano.

A MARÍA INMACULADA.

EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE MURILLO

Ledos templad, cantores sevillanos,
Vuestras arpas con dulce melodía,
Unidos á los vates castellanos
En el suelo gentil de Andalucía.
Al gran *Murillo* dedicad ufanos
Los trinos de la célica poesía,
Y llévelos el aura embalsamada
A los piés de María Inmaculada.

¿Quién es ese coloso que inspirado
Al través de dos siglos se levanta
Y en un lienzo del mundo codiciado
Hasta á los mismos ángeles encanta?
¿Qué nos dice ese ingénio laureado?
¿Por qué sus glorias el poeta canta?
¿Quién dió color, animación y brillo
A la más rica imagen de Murillo?

Así admirando un lienzo el más hermoso,
Mi mente ante la Virgen se extasiaba,
Y evocando al ingénio portentoso
Indiscreto tal vez le interpelaba.
Soñé escuchar un eco misterioso
Que humilde á mi pregunta contestaba:
«No, no soy el autor; no es obra mía,
»Yo la plagié del alma de María.

»Sus virtudes formaron los colores;
»Ser invisible colocó en mi mano
»Pincel orlado de nacies flores,
»Y con plácido acento, sobrehumano,
»Abasaba mi pecho en sus amores.
»Latió con fe mi corazón cristiano,
»Y no hallando en la tierra fiel modelo
»Pinté una Virgen como está en el cielo.

»Que cuando yo sus ojos dibujaba
»Y al cielo mi plegaria dirigía
»Parecióme que Ella me miraba
»Y mi trémula mano sostenía.
»Al empezar mis obras, invocaba
»El dulcísimo nombre de María:
»La amé desde la cuna, siempre ella
»Fué de mi vida la fulgente estrella.

»Ví en sus sienes la cándida azucena
»Del jardín do no entrara la serpiente,
»Y en sus mejillas reflejar serena
»Nítida luz de aurora transparente.
»Su santa imagen de delicias llena
»Pura, sin mancha cual sellada fuente,
»Y ví su Concepción inmaculada
»En bíblicas figuras anunciada.

»Como la luna contempléle hermosa,
»Como el sol entre miles escogida,
»Por la gracia de Dios más poderosa
»Que una legión de tropas aguerrida.
»Ví del Verbo á la Madre cariñosa,
»Del Padre celestial hija querida,
»Del Paráclito Esposa y Santuario...
»Y á mi Madre también en el Calvario.

»Así la concibió mi débil mente;
»Así tracé la imagen peregrina
»De la mujer que vence á la serpiente,
»Siendo la flor sin punzadora espina.
»Desceñid la diadema de mi frente;
»Mi obra fué la inspiración divina»
Dijo, y cual sauce que se lleva el río
Hundióse presto en el sepulcro frío.

Por quien Pelayo conquistó laureles
De Covadonga en el recinto santo;
La que millares sumergió de infieles
En el revuelto golfo de Lepanto;
Coloró de *Murillo* los pinceles,
Con el turquí de su virgíneo manto:
De Dios tan solo le aventaja el brillo.
Gloria, honor á la Virgen de *Murillo*.

La Concepción, 1882.

ENSEÑANZA CATÓLICA

EN LA INAUGURACIÓN
DEL INSTITUTO DE SANLUCAR DE BARRAMEDA

Si del tebano Píndaro la lira
Pulsar me fuera dado un solo instante,
Oh tierna juventud, en tus loores
Mi voz resonaría
Y el viento mi canción repetiría.

Nó, empero, ardió en mi mente el vivo fuego
Que á tan insigne vate derramaron
Las ninfas del Olimpo presurosas,
Cuando sus frentes plácidas ornaron
Con verdes lauros y nacientes rosas.

Mas ah! yo ensayaré plácido canto;
Que al contemplar gozoso la alegría
Que brilla, juventud, en tu alma frente,
La sacra inspiración arde en mi mente
Y quema el alma mía.

Ya en derredor de gozo palpitantes
Laten mil corazones,
Y los alumnos tiernos
Penetran de la ciencia en las mansiones,
Y con votos eternos
Juran constancia, aplicación y esmero
Por conquistar un día
Las coronas de Píndaro y Homero!

Si, lo será, oh amada patria mía;
No solo el Tíber y radiante Sena
Y el Támesis umbrío
Derraman el saber en sus orillas;
Que Minerva clemente
También con lauros de la gaya ciencia
Ornó las sienes de la hispana gente.

Sublimes cantos del divino Herrera,
De León, de Rioja y Garcilaso,
¡Cuán presentes estais en mi memoria,
Flores, hermosas flores del Parnaso!
Nuestra patria laureles conquistaba
Y á torrentes la ciencia derramaba.

Si, jóvenes, hollad, hollad la senda
Que os lleve de la gloria á la alta cumbre,
Y vuestras almas cándidas encienda
De la santa verdad la pura lumbre.

Vosotros, que en los valles de la vida,
En vez de espinas contemplais las flores,
Consagrad vuestra edad tierna, florida,
De Minerva en el templo suntuoso,
Y tras largos afanes labrareis
Un porvenir de gloria venturoso.

Por la escala subid: y si valientes
Os alistais de Marte en la bandera,
Envidiables triunfos
Coronarán un día vuestras frentes;
Y si aspirais de Temis la severa
Balanza sostener, ó si ante el ara
El incruento sacrificio
Dignos de celebrar sois algún día,
Al miraros con súbita alegría
Clamará «¡Bendición!» un pueblo entero,
Y escuchareis con gozo resonando
«¡Bendición!» por las playas del *Lucero*.

La historia entre sus páginas de oro
Tal vez os guarda sus buriles bellos;
Mirad, caros alumnos,
Del porvenir los fúlgidos destellos.

Cuántas empresas, ah! cuánto tesoro
Os prepara Minerva en sus altares!

Ora esteis en el átrio, en la tribuna,
Ora surcando los revueltos mares,
Ya de Marte os anime el fuerte aliento,
O contempleis la marcha de los astros
En el espacio azul del firmamento.

Vuestro es el triunfo; del saber las puertas
Para vosotros hoy quedan abiertas.
Apurad de la ciencia los raudales
Y alcanzareis gozozos
De la gloria las palmas inmortales.

Pero no: deteneos;
Vanos serán vuestros esfuerzos, vanos,
Si por ganar laureles y trofeos,
Hollais el templo de la exelsa fama
Con piés torpes, profanos.

Del ateismo la execrable escuela
Con su hálito inmundo
El error esparció por todo el mundo,
Y juntando de incrédulos millares
Hundió los tronos profanando altares.

En época reciente
También alzó su frente
Falaz materialismo:

Temblad, alumnos caros:
No os despeñeis inermes
De la duda fatal en el abismo.

Una es la senda: de la fe divina
Católicas creencias
Nutrirán vuestras cándidas conciencias;
No torpe escepticismo,
No falsa luz ni falsos resplandores
Agostarán impíos
De vuestras vidas las nacientes flores.

Venid aquí, los que buskais las ciencias;
Los que de gloria y de virtud sedientos,
Con tranquilas conciencias,
Cultivais vuestros nobles pensamientos.

Venid aquí, los que anhelais ansiosos
Orgullo ser de vuestro pátrio suelo;
Venid, que ya en el cielo
Os contemplan los ángeles gozosos,
Y Dios en su alto trono,
«Seguid mis leyes,» bondadoso dice,
Y os estiende sus brazos y os bendice.

EN LA CAPILLA DEL CASTILLO DE GIGONZA

A LA EXCMA. SRA. MARQUESA DEL CASTILLO

I

Momentos hay en la afanosa vida
De gratas ilusiones, en que el alma
Su triste afán y su penar olvida
Soñando leda venturosa calma.

Entonces las delicias apuramos,
Todo al doliente corazón consuela,
No sabemos qué míseros soñamos
Y acaso un ángel nuestros sueños vela.

Que en la vida azarosa de este suelo
Hay momentos de plácida ventura,
Que nos concede compasivo el cielo
Del corazón templando la amargura.

Tú lo sabes, amiga; tú, cuitada,
Víctima triste de creciente pena,
De amarguras el alma saturada
Y uncida del dolor á la cadena.

Tú que cuentas las horas de la vida
Por los suspiros de un pesar profundo
Sin bálsamo que cure tu honda herida,
Sin que comprenda tu dolor el mundo.

Tú de cariño maternal modelo
Siempre tus ojos en el cielo fijos
Porque á tus hijos te guardase el cielo,
Y el cielo te llevó tus cinco hijos.

Tú que tanto á tus hijos contemplabas
Nutridos con la hiel de tus dolores
Y en tu inmenso pesar siempre mirabas
La parca asesinando tus amores.

Tú, mujer, con el alma dolorida,
Siempre sufriendo y presagiando males
Y regando la senda de tu vida
Con el llanto que viertes á raudales;

Tú sabes bien que existe algún momento
En que el dolor tremendo se mitiga
Al susurrar del apacible viento
O al fiel gemido de la fuente amiga.

Y aunque el afán que te devora el alma
Te niegue que haya tregua á tus dolores,
Yo he visto, sí, que en venturosa calma
Contemplabas las fuentes y las flores.

II

Bello es Gigonza; en colosal altura,
Rodeado de vegas peregrinas,
Regado por tres fuentes cristalinas,
Ostentando gigante torreón;
Mucho dicen sus bosques y sus valles,
Sus sotos y sus tajos seductores,
Su puro cielo y sus silvestres flores
Al mísero, apenado corazón.

Que allí naturaleza no consiente
Del arte las bellísimas ficciones,
Y muestra á los sensibles corazones
Su agreste pompa y sus hechizos mil.
Allí todo es verdad, todo belleza;
Baña el arroyo su risueña orilla
Y trisca juguetona la cabrilla
En la selva, en el prado y el pensil.

Allí plegando sus batientes alas,
Del monte erguido en las pintadas lomas,
Sin temer al milano las palomas
Se muestran con arrullos su querer.
Y ora dejan sus nidos presurosas
Y en bandadas se suben á la altura;
Ya bajan á la fuente en la espesura
Las cristalinas aguas á beber.

Y hay también en el árabe castillo,
Do ondeara el pendón del africano,
Emblemas que el renombre castellano
Revelan y enaltecen su valor.
Y una capilla, cúspide del monte,
Que la piedad del fundador ostenta,
Allí donde el granizo y la tormenta
Pregonan la grandeza del Señor.

Todo es allí magnífico y sublime;
Todo entusiasmo al corazón inspira,
Y en vano intento con mi tosca lira
Magnificencia tanta revelar.
Y cuando el viento de diciembre airado
Azota fiero la gigante encina
Y deshace la trenza peregrina
Del arroyo quebrando su cristal;

Y cuando brama furibundo Eolo,
Y cuando cubren todo el horizonte
Nublados mil que en el altivo monte
Anuncian la sublime tempestad;
¿Quién podrá describir en sus cantares,
Gigonza, tu magnífica grandeza;
De tus bosques la gala y gentileza
Y tu gloria, tu pompa y majestad?

III

Una mañana apacible,
¿Lo recuerdas, triste amiga?
Libre el pecho de fatiga
Fuimos el bosque á cruzar.
El sol apenas lucía
En el dormido horizonte
Y sus rayos en el monte
Ya se vían reflejar.

Y partimos lentamente
En mansa cabalgadura
Para admirar la hermosura
De paisages mil y mil;
Y Gigonza en cada cuadro
Que bordó la primavera
Para nuestros ojos era
Bello, riente y gentil.

Y á cada paso crecía
Nuestra ilusión venturosa;
Cada mata era una rosa
Y cada espiga un clavel.

Porque silvestres las flores
En la lóbraga espesura
No envidian, no, la hermosura
Del máspreciado vergel.

Y las rojas amapolas,
Y yerbas de cien colores,
Y un prado lleno de flores
Que el hombre no cultivó,
Formaban cuadro tan bello
Y paisaje tan frondoso;
Destello de Edén hermoso
Que al hombre Dios destinó.

En tanto el sol ya sus rayos
Vivamente reflejaba
Y el *Cañuelo* nos brindaba
Su inagotable raudal.
¡El Cañuelo! su agua pura
Templó mi sed ardorosa
Y tú también presurosa
Bebiste en su manantial.

Era un agua tan delgada
Y tan dulce y tan suave,
Que no es extraño que el ave
Allí se pose á beber;

Y contemplando las flores
Que bordan tan bella fuente
Se anide allí, blandamente
Embriagada de placer.

Por eso los ruisenores
Aletean bulliciosos
Y melífluos y armoniosos
Trinan sus cantos de amor.
Y por eso en el *Cañuelo*
Se matan tantos pesares
Escuchando los cantares
Del amante ruisenior.

Más tarde al tajo profundo
Ledos, tranquilos bajamos,
Y una escena presenciamos
Que la dicha nos turbó.
En humeante cabaña
Lloraba doliente anciano
Porque enemigo inhumano
Su pobre albergue incendió.

Pobre ciego era el amigo
Que al anciano acompañaba:
El infelice lloraba
Sin poderlo socorrer.

Y cuando los dos decían
La historia de su quebranto
Yo ví las gotas de llanto
Por tus mejillas correr.

Y compasiva y piadosa
Y en ellos los ojos fijos
Les dijiste «cinco hijos
También ¡ay cielos! perdi;
Compadeceos de mi duelo,
Que todos tristes gemimos,
Y crudas penas sentimos:
Llorad, ancianos, por mí.»

Y en tan solemnes momentos
Y en tan patética escena
El recuerdo de otra pena
El alma me desgarró.
Que aunque me juzgues dichoso
Porque así el mundo lo entiende,
Nadie mis penas comprende,
Y sufro mis penas yo.

Bello es Gigonza: en su capilla santa
Consuelo encuentra el corazón llagado;
Cruel remordimiento allí no espanta,
Que está Jesús mostrando su costado.
Todo allí nos consuela y nos encanta,
Y al ver á nuestro Dios sacramentado
El alma fiel con emoción medita
Y amor divino el corazón palpita.

Bello es Gigonza; en su recinto umbroso
Su pena olvida el corazón doliente,
Ora retumbe el aquilón furioso
O ya murmure la tranquila fuente.
Ya no diviso el torreón famoso,
Mas su recuerdo se fijó en mi mente;
Adios, Gigonza, y á mi cara amiga
Todo su afán y su dolor mitiga.

Jerez de la Frontera, 1850.

LA CAMPANA

¿Qué dicen esos ecos
Mil veces repetidos
Que inspiran ya gemidos,
Ya encanto celestial?
¿Qué dicen esas voces,
Que suben hasta el cielo,
Al desplegar el vuelo
Tu lengua de metal?

El ánima llagada
Simpática armonía,
Consuelo y melodía
Encuentra en tu plañir;
El aura vagorosa
Remeda tus acentos;
Los repiten los vientos
Con fúnebre gemir.

Si pesares anuncias,
¡Oh mística campana!
Yo siempre resignado
Tu son escucharé;
Y si me llamas, triste,
Para morir mañana,
Doblando la rodilla
A Dios bendeciré.

Al Dios tres veces Santo
Entusiasmada adoras,
Cantando su grandeza
Su gloria y majestad:
Sobre los hombres viles
Sus liviandades lloras
Y enfrenas con tus ecos
Su cínica impiedad.

Convocas á la plebe
Voltaria y distraida,
Que reza al escucharte
Del ángel la oración.
Y en plaza de guerreros
Por Marte defendida
Avisas que se apreste
La mecha en el cañón.

Heraldo de la muerte
Anuncias ¡ay! la hora
De dar al cuerpo tumba
Y al alma libertad.
Cuando tu voz sentida
Al moribundo llora
Se agranda la existencia
Con una eternidad.

El clero se congrega
Para rezar sus preces
Cantando un nuevo día
Al escuchar tu voz;
Y mísero el que apura
De su dolor las heces
Suspiros de esperanza
Eleva hasta su Dios.

Jerez de la Frontera, 1851.

EN EL TEMPLO

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

De Rodrigo la fúnebre historia
Mústias ondas del Lete callad,
Y entonando canciones de gloria
A la Reina Isabel saludad.

Ella pisa el fructífero suelo
Que un Rey sábio feliz conquistó;
Ella vierte un raudal de consuelo
Por do quiera su planta cruzó.

Vedla, vedla apacible y hermosa
Como un sol de ventura brillar;
Vedla, sí, del carmín y la rosa
Los colores, radiante, eclipsar.

Si su cetro á dos mundos alcanza,
Si es el sol quien le presta su luz,
Hoy es gloria y amor y esperanza
Y el encanto del suelo andaluz.

Si ya el Asia sus triunfos pregona,
Si á sus piés se humilló Tetüan;
Si admirando su excelsa corona
Los altivos imperios están;

Ella deja su trono en Castilla,
Otros hijos buscando su amor,
Y ya Córdoba, Cádiz, Sevilla
La aclamaron con fervido ardor.

Ya Jerez su *lealtad* y *nobleza*
A los piés de su Reina selló,
Y extasiado al mirar su belleza
De Rodrigo la rota olvidó.

Y la oliva sus ramos le ofrece
Desdeñando la bárbara lid,
Y la flor en su tallo se mece,
Y le rinde sus frutos la vid.

Y el soberbio alazán cartujano
Que fogoso la brida espumó,
Al sonar el clarín castellano
Con sus cascos las piedras hundió.

.

Venid, vates, con puros ardores
Ensayad una nueva canción;
Ah! que nunca, jamás, trovadores
Recibiérais mayor galardón.

Tiernas ninfas del Lete sombrío,
Vuestros cantos de amor entonad,
Y arrancando sus flores al río
A la Reina Isabel coronad.

Ensalzad la sin par soberana
A quien visteis al Templo llegar,
Y cual Reina española, cristiana,
Humillarse á los piés del altar.

Jerez de la Frontera, 1860.

VIRTUD Y HERMOSURA

A SUS ALTEZAS REALES

DOÑA AMALIA Y DOÑA CRISTINA DE BORBÓN

Auras del Lete entre las tiernas flores
Aspirando la esencia adormecidas;
Bandadas de canoros ruiseñores
En los arbustos del verjel dormidas;
Sensibles, laureados trovadores;
Sirenas en los mares sumergidas,
Oid, oid el inspirado acento
Que en la mansión Real repite el viento.

Si un tiempo el Lete en su fatal ribera
Tumba fué de la goda monarquía,
Agora la fortuna lisongera
Prendas de amor á nuestro suelo envía.
Miradlas, en sus frentes reverbera
La virtud enlazada á la hidalguía,
É irradiando purísimos destellos
Aun brillan más que el Sol sus ojos bellos.

Astros de gloria son; Sol de ventura
Que á la espaciosa Bética ilumina:
Faros ¡ah! de virtud y de hermosura
Son los ojos de *Amalia* y de *Cristina*.
Luz de virtud, de gracia y de ternura,
Luz emanada de la luz divina,
Tú enciendes con sentidas emociones
El amor de rendidos corazones.

Oid, oid los plácidos clamores,
Oid, oid el fervoroso acento,
En tanto que despliega sus colores
La bandera Real flotando al viento.
Ofrendas son de gratitud y amores
Con que *Asido* revela su contento,
Rindiendo á la virtud y la hermosura
Fiel expresión de la lealtad más pura.

Los que bizarros en glorioso día
Al árabe esta tierra conquistaron
Y la bandera de la pátria mía
Sobre los muros de Jerez alzaron;
Los que en medio á la bélica alegría
Con laureles sus frentes coronaron...
Hoy doblan reverentes la rodilla
A las bellas Infantas de Castilla.

Y las aves entonan sus cantares
Placeres y delicias augurando,
Y se rizan las ondas en los mares
Por *Cristina* y *Amalia* suspirando.
En tanto que el modesto Manzanares
La ausencia de su amor está llorando,
Mensajes de adhesión hoy os envía
La comarca feliz de Andalucía.

Nítidas conchas os regala el río,
Y el prado sus hechizos seductores,
Y al veros salpicadas del rocío
Abren su cáliz virginal las flores.
El vergel, la colina, el bosque umbrío
Os ofrecen sus galas y primores,
Y donde quiera que fijais la huella
Nace una flor, cual vuestros ojos bella.

Mirad en la llanura y en las lomas
Sus pámpanos las vides agitando,
Y la flor esparciendo sus aromas,
Y la oliya sus ramas inclinando.
Mirad cual las bandadas de palomas
Os saludan festivas arrullando,
Y Baco y Flora y la opulenta Ceres
Frutos os dan, os brindan sus placeres.

Y ved al pueblo de *Asta-regia*, un día
Tumba á la vez del árabe y frontera,
Embriagado de gloria y de alegría
Fiel tributaros ovación sincera.
Si lleva con ardiente bizarría
La *nobleza* y *lealtad* en su bandera,
Ufano corre y en su fértil linde
Lealtad, *nobleza* y corazón os rinde.

Porque vé en vuestras frentes retratada
La alma virtud que en vuestros pechos mora;
Virtud de la hermosura acompañada,
Cual blanca nube que el Oriente dora.
Jerez hoy os admira entusiasmada,
Y con cristiano ardor á Dios implora
Os bendiga y proteja aquí en el suelo
Y un trono os guarde en el empíreo cielo.

Jerez de la Frontera 1.º de Mayo de 1854.

A UN SACERDOTE EN EL DÍA DE SU PRIMERA MISA

No del mundo ante locas ilusiones
Rindes, hermano, tu modesta frente,
Que más preciados y sublimes dones
Sobre tí derramó el Omnipotente.
Al Señor consagrados tus blasones
Brillan aun más que el oro refulgente;
Por eso alzaste tu mirada al cielo
Los goces esquivando de este suelo.

Del cielo fué, Levita venturoso,
Sublime el ministerio que ejerciste
Cuando ante el ara santa tembloroso
Vida sacramental á Jesús diste.
El pueblo te admiraba silencioso,
Tú la ofrenda más pura consumiste:
¡Ay! tus padres de gozo sollozaron,
Porque nunca tan grande te miraron.

A poder tan inmenso, á tanta altura
Ni el profeta ni el ángel fué elevado.
¡Bajar Dios á la voz de la criatura
Y en su pecho morar sacramentado!
Mas ¡ah! no te envanezca tu ventura,
Hasta el polvo la sien rinde humillado,
Y siervo de Jesús, solo ambiciona
Las espinas que esmaltan su corona.

Jerez de la Frontera, 1860.

CIENCIA Y VIRTUD

AL EXCMO. SR. DR. D. JUAN JOSÉ ARBOLÍ

Dignísimo Obispo de Cádiz y Senador del Reino.

Lauros Minerva á tu inspirada frente
Ciñó en las aulas con afán un día,
Y Gades en su concha trasparente
Ufana «soy su madre» prorrumpía.
Del anchuroso Bétis la corriente
Aun más docto á tu pátria te volvía,
Y sucesor de Hiscio te admiraba,
Y al sábio y al Pastor reverenciaba.

No avaro del tesoro literario
Que con largas vigalias adquiriste,
Las bóvedas llenó del santuario
Tu clara voz y el alma conmoviste.

Tu vista se fijó en el Seminario
Y el sello de tu ciencia le imprimiste,
Mirando cual piloto en lontananza
Brillar en él la luz de la esperanza.

No será vana, nó; que justo el cielo
Premia el afán del que su auxilio implora,
Y tras la noche con su sombra y duelo
Alza su frente la rosada aurora.
Nuevos Levitas, hijos de tu celo,
Verás cual frutos de tu afán agora:
Ellos humildes á su Padre miran
Y en su ciencia y virtud también se inspiran.

Estos tus hijos, lucharán un día
Del coloso infernal con las legiones;
Serán la gloria de la pátria mía
Ganando para Dios los corazones.
Bizarros pelearán con la herejía,
Domarán del impío las pasiones,
Y su voz aunque suene en lontananza
El eco será fiel de tu enseñanza.

Este sin duda el plácido consuelo
Es que el Señor á tu aflicción allega,
Cuando ves que el malvado aquí en el suelo
Al oro y al placer loco se entrega.

Este es el galardón que justo el cielo
Nunca al apóstol vigilante niega:
Este es el faro que tu mente alcanza
Brillante cual la luz de la esperanza.

Esperemos, Señor, y hora que honrados
Nos vemos tus humildes coadjutores;
Hora que en torno tuyo congregados
Disfrutamos gozosos tus favores;
Pidamos al Señor que denodados
De Luzbel resistamos los furores,
Y brille de la Iglesia un claro día
Cual tu ferviente corazón ansía.

Cádiz, 1861.

FE, CIENCIA Y VALOR

A MIGUEL DE CERVANTES

En vano pulso mi temblante lira
Del gran Cervantes al cantar la gloria;
Mi musa avergonzada se retira
Como ante el oro despreciable escoria.
España, Europa, el mundo todo admira
Del guerrero y del sábio la victoria,
Y se eclipsan los nombres más brillantes
Do se alza la imagen de Cervantes.

Caballero leal, fué consecuente;
Literato, su nombre es el primero;
Soldado, peleó como valiente,
Tipo fiel del cristiano caballero.
Viéronse en él brillando noblemente
Ciencia profunda y victorioso acero,
Y admiradas las célicas matronas
Le arrojaron festivas dos coronas.

Duerme en paz, que tu Elicio y Galatea,
Y tu Lauso te cantan sus amores,
Y el mito seductor de Dulcinea
Viene tu losa á coronar de flores.
Duerme en paz, que Quijada allá en su aldea
Triunfa de un millar de encantadores...
Mas ¡ah! despierta al resonar el canto
Que pregona tus glorias en Lepanto.

¡Lepanto dije! el corazón ufano
Salirse quiere de mi ardiente pecho:
Nunca ese nombre se pronuncia en vano,
Que allí venció la causa del derecho.
Allí el mar ofreció al turco inhumano
En rojas ondas espantoso lecho;
Allí, Miguel, tu mano sostenía
Tu espada y el rosario de María.

Tus obras inmortales, gran Cervantes,
Llevó la prensa desde polo á polo,
Cual celajes que el sol torna brillantes
Y en el espacio azul empuja Eolo.
Y ora al Hidalgo de la Mancha cantes,
Ora te inspire con su fuego Apolo,
Siempre serás, ¡oh génio sin segundo!
Honor de España, admiración del mundo.

UN RECUERDO Y UNA ORACIÓN

En la muerte de mi antiguo amigo Gabriel G.^a Tassara

Vengo, Gabriel, cabe tu losa fría
A evocar un recuerdo cariñoso,
No á profanar con arrogancia impía
La mansión de la paz y del reposo.

Padre Bétis oyó nuestros cantares
Que sus ondas acaso repetían,
Y al correr presurosas á los mares
Ellas con nuestros cantos se perdían.

Después volaste al templo de la fama,
A mi injusto clamor siempre cerrado;
La sacra inspiración te dió su llama
Y fuiste por Apolo coronado.

Y yo en tanto alejéme voluntario
Del mundo y de sus locas ilusiones,
Viviente que se envuelve en un sudario
Muerto ya á tentadoras emociones.

Tras luengos años otra vez unidos
Loamos de un Rey Santo ⁽¹⁾ la victoria,
Yo con ecos apenas percibidos,
Tú con estro brillante, cual tu gloria.

Canoro cisne con vigor trinando
Al presagiar su suerte lastimera,
Tu canción al invicto San Fernando
Fué de tu lira vibración postrera.

«Libre ya de ambiciones mundanales,
»Y viva de la infancia la memoria,
»Vuelvo á ti con la triste ejecutoria
»De la edad, ¡oh Sevilla! y de los males.» ⁽²⁾

Llora y vuelve á gemir ¡triste Sevilla!
Es justo que te enlutes y le llores;
Y tú, Guadalquivir, cubre tu orilla
De mística adelfa y de marchitas flores.

(1) San Fernando.

(2) De un soneto del malogrado escritor.

Su nombre esclarecido, ya la historia
Esculpe entre sus páginas de oro;
Su nombre aumenta la española gloria
Do quier se escucha su cantar sonoro.

Ya el Bétis y el modesto Manzanares
De *Tassara* las trovas aprendieron,
Que las ondas revueltas de los mares
En apartados climas repitieron.

Templad, oh trovadores sevillanos,
Vuestras arpas, y en fúnebre lamento
Nuestra pena á los vates castellanos
Lleve en sus alas fugitivo el viento.

Y en tanto que le honrais aquí en el suelo
Coronando su tumba solitaria,
Ministro del altar, dirijo al cielo
Envuelta entre suspiros mi plegaria.

Cádiz, Abril 1875.

SAN IGNACIO DE LOYOLA

A MIS QUERIDOS HIJOS LOS ALUMNOS DEL COLEGIO DE ORDUÑA

CONTESTACIÓN

No en vano os prometísteis, hijos míos,
Que yo respuesta á vuestro canto diera;
Que si al mar van las aguas de los ríos
También el mar visita su ribera.
Vuestros ecos tan dulces como píos,
Chispas despiden de divina hoguera,
Del fuego sacro que prendió en el suelo
Cuando el Hijo de Dios bajó del cielo.

Las victorias de Ignacio y sus amores
Cantad, hijos, con cántiga galana,
La sien ceñida de nacientes flores
En el primer albor de la mañana.
Aprendedla, mundanos trovadores,
Y enmudezca la cítara profana;
Oid atentos el acorde trino
Que solo inspira amor, amor divino.

Cantad, hijos, cantad, que vuestro acento
En el valle resuene y la montaña,
Y díganlo, mecidos por el viento,
El alto pino y la flexible caña.
Desde Orduña ese místico concento
Se estienda hasta el confin de nuestra España,
Y tan dulce canción dirá ella sola
Lo que enseñan los hijos de Loyola.

¿No en mármoles ni en bronce ofreceis
Mi respuesta grabar, sino en el pecho?
Y que nunca de allí la arrojareis
Aun cuando ruja el huracán deshecho?
¿Y quién os garantiza lo que hareis?
El lugar me parece tan estrecho...
Más vale la guardéis en la memoria
Y podreis recordarla hasta en la Gloria.

Oidla y no la olvidad;
Unid en lazos estrechos
La ciencia con la humildad,
Y ardan siempre en vuestros pechos
Fe, Esperanza y Caridad.

Vitoria, Febrero 25 de 1877.

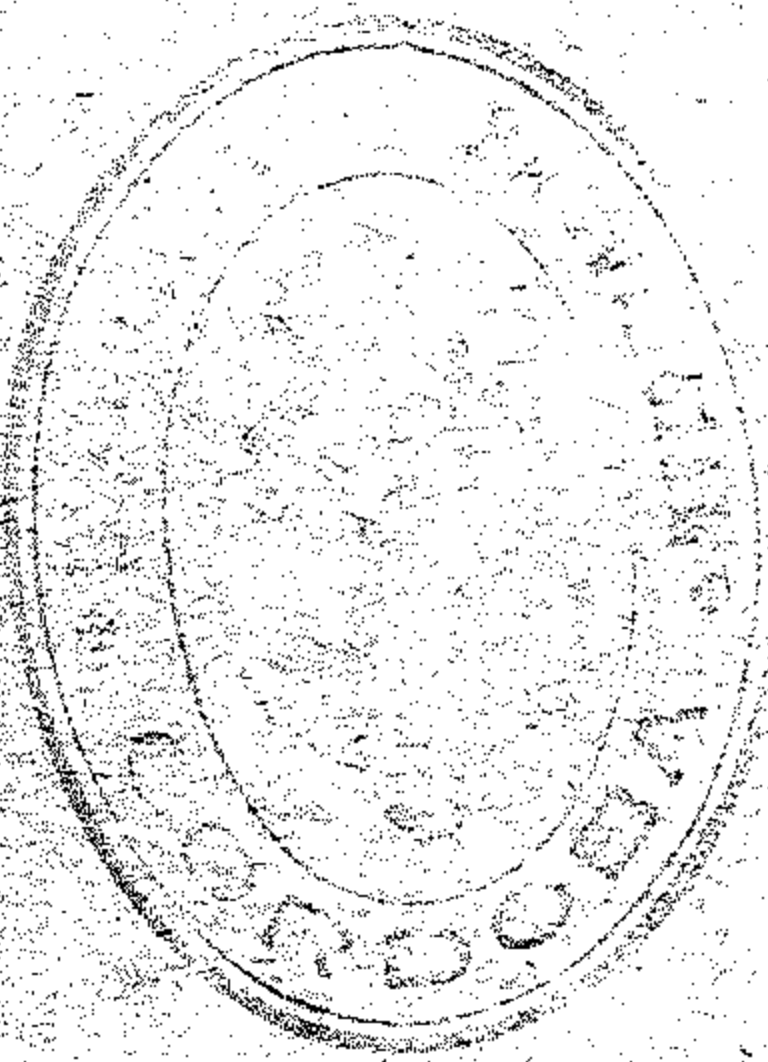
A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
EL PAPA LEÓN XIII

EN SU JUBILEO SACERDOTAL

SONETO

Humildes ecos de mi lira ufana
¡Oh Padre Santo! recibid bondoso,
Como el río recoge caudaloso
El arroyuelo que entre riscos mana.
Que en vano de mi vida en la mañana
Pedí á Milton su plectro religioso,
A Dante su cantar impetuoso
Y al Petrarca su cítara galana;
Mas hoy el corazón alborozado
Siento latir con prepotente brío
Besar ansiando vuestro pié sagrado.
Al gran León, al sucesor de Pío,
Al Vicario de Cristo, entusiasmado
Bendice sin cesar el lábio mío.

Córdoba, Diciembre 1887.



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
<i>Dedicatoria.</i> —A Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.	5
<i>Cristo en la Cruz.</i>	7
<i>La Redención.</i>	15
<i>A María Santísima de Regla.</i>	21
<i>A Nuestra Señora del Patrocinio.</i>	35
<i>A Nuestra Señora del Pilar,</i> al colocar de nuevo esta imagen en el claustro de San Felipe.	39
<i>El hijo ingrato de la Inmaculada Virgen María.</i>	41
<i>En una profesión religiosa.</i>	43
<i>A Sor Antonia María de los Milagros Fernández,</i> en su solemne profesión religiosa en el convento de Madre de Dios de Jerez de la Frontera.	45
<i>En la profesión religiosa de Sor María de las Mercedes Crespo,</i> en el mismo convento de Madre de Dios de Jerez de la Frontera, el 28 de Agosto de 1853.	47
<i>Las hijas de la Inmaculada á su Madre.</i>	49
<i>Arrepentimiento.</i> —Soneto.	51
<i>Plegaria.</i>	53
<i>A San Fernando.</i>	57
<i>España á Pío IX.</i>	61
<i>A María Inmaculada.</i> —En el segundo centenario de Murillo.	63
<i>Enseñanza Católica.</i> —En la inauguración del Instituto de Sanlúcar de Barrameda.	67

	Páginas.
<i>En la capilla del castillo de Gijón.—A la Excelentísima Señora Marquesa del Castillo.</i>	73
<i>La campana.</i>	83
<i>En el templo.—A S. M. la Reina Doña Isabel II.</i>	87
<i>Virtud y hermosura.—A Sus Altezas Reales Doña Amalia y Doña Cristina de Borbón.</i>	91
<i>A un sacerdote en el día de su primera misa.</i>	95
<i>Ciencia y virtud.—Al Excmo. Sr. Dr. D. Juan José Arbolí, dignísimo Obispo de Cádiz y Senador del Reino.</i>	97
<i>Fe, ciencia y valor.—A Miguel de Cervantes.</i>	101
<i>Un recuerdo y una oración.—En la muerte de mi antiguo amigo Gabriel G.^a Tassara.</i>	103
<i>San Ignacio de Loyola.—A mis queridos hijos los alumnos del colegio de Orduña.—Contestación.</i> . . .	107
<i>A Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, en su Jubileo Sacerdotal.—Soneto.</i>	109

